



RICARDO

Ricardo de la Cierva y Hoces —nieto del último ministro de Alfonso XIII y sobrino del inventor— sabe, además de química, historia y periodismo, otras muchas cosas. Entre ellas de la vida y milagros de Franco. Independiente, digamos que en política es un agudo espectador abonado a una sempiterna tribuna delantera. Está al corriente de los cabildeos y de vuelta de muchas cosas. Cuando cataloga a alguien o algo lo hace con conocimiento de causa y procura no levantar ampollas. Habla claro pero siempre, siempre, con documentada prudencia. Por ello es difícil que se pille los dedos.

Hombre de risa pronta, de hablar rápido, capaz de desplegar una actividad profesional increíble, Ricardo de la Cierva y Hoces es una de las pocas personas que puede presumir de gozar de gran popularidad lo mismo en la España oficial que en la España real. Este es su «currículum» sintetizado: murciano, nacido en 1926; doctor en Ciencias Químicas, licenciado en Filosofía y Letras, graduado en la Escuela Oficial de Periodismo. Técnico de Información y Turismo. Profesor de Historia de las Ideas y las Formas Políticas, en la Universidad Complutense, y de Historia Contemporánea Española, en la Escuela Diplomática. Creador en el MIT de un centro de documentación y estudios sobre la España del siglo XX; ex director general de Cultura Popular, en la época de Pío Cabanillas. Autor de libros tan difundidos como «Historia básica de la España actual», «Francisco Franco. Un siglo de España», «Historia de la guerra civil española», «His-

Los
españoles
por P García

RICARDO DE LA CIERVA

toria del franquismo» y «Cronicas de la transición».

Nació bajo el signo de Escorpio, si ha de hacer honor a los astros debe estar dotado de rápido entendimiento, tener muy desarrollado su afán por el poder, y cuando su carrera dependa de sus percepciones, alcanzar en ella una elevada posición. En amor debe tender a ser intenso y exclusivo, propenso a súbitos afectos y a súbitas separaciones. Sexualmente se dice que los Escorprios son varones activos, estimulados por la pasión y la emotividad, y necesitan una hembra lo suficientemente fogosa y sensible para saberlo apreciar. Como los Escorprios presentan las máximas afinidades con los Piscis y los Cáncer, Ricardo de la Cierva deberá llevarse muy bien con Mugica Herzog, Gabriel Cañadas, Emilio Romero y Araluce Villar; y como sus afinidades con los Libra, Géminis y Sagitario no

«Las memorias de Franco, que se van a publicar, serán una auténtica bomba.»

existen, no debe encajar con González Seara, Aranguren, Villar Mir, Joaquín Garrigues, Arias, Fraga, Oñate Gil o Gil Robles.

Nuestro español de hoy, que gusta definirse como humanista y que ha conseguido un éxito enorme como historiador, está ahora en la cresta de los triunfos periodísticos. A las agudas crónicas en «Gaceta Ilustrada» y a los excelentes artículos en «Historia y Vida» han sucedido las crónicas en «El País», seguidas con apasionado interés. Además está detrás del futuro semanario de Cabanillas-Lara «Opinión» que, antes de aparecer y pese a la inflación de revistas existente, tiene a la afición expectante.

«Franco, además de doña Carmen, tuvo otras dos novias que viven todavía.»

MECANICA HISTORICA Y MECANICA MOLECULAR

—Para empezar, ¿cuál es tu parentesco con los otros De la Cierva, famosos en la Historia de España?

—Soy nieto del que fue último ministro de Alfonso XIII, don Juan de la Cierva y Peñafiel, y sobrino del inventor del autogiro, que era hermano de mi padre.

—Doctor en Ciencias, historiador, periodista. ¿Qué actividad se impone sobre las demás?

—Mira: digamos que el doctorado en Ciencias lo ejerzo un poco clandestinamente. Cuando las presiones y los desconciertos políticos

hay) críticos de primer orden a los que no les hacía ninguna falta mi concurso. Pero veía que la Historia Contemporánea tenía algunos flancos abandonados y era muy importante que alguien los cubriera. Entonces me impuse esa misión. Bueno; realmente no es que estuvieran abandonados, puesto que existían ilustres críticos historiadores que se estaban ocupando de ellos, como Vicente Palacio Atard, Carlos Seco y otros; pero yo había tenido una vivencia muy profunda de la guerra civil y no encontraba reflejo en los libros aquello que había vivido. Así que decidí expresar en libros propios aquellas experiencias vivenciales.

—En marcha «La Historia se confiesa»; en marcha la segunda parte de «La historia del franquismo». Artículos frecuentes y nada superficiales en revistas y periódicos. Profesor y catedrático. ¿De dónde sacas tiempo para todo?

—Primero, de una tremenda dis-

ciplina mental e interna; y después de una cooperación familiar verdaderamente admirable. Como yo trabajo en casa, trabajo y vivo casi simultáneamente la vida de familia. Los chicos entran continuamente en este despacho, me cogen los bolígrafos, yo les veo y les sigo de cerca... pero sin perder el ritmo de lo que estoy haciendo. Hay una especie de simbiosis de trabajo entre ellos y yo. Y no creas que carezco de vida familiar; lo que no tengo es vida social. No pierdo el tiempo en cócteles y en memeces de esas que no sirven absolutamente para nada. En

«Le diría a Fraga que hiciera como el emperador de Japón: que declarara que no es Dios.»

cambio tengo contactos... La otra noche estuve cenando con Federico Silva; fue una cena interesantísima, sobre temas históricos, sin descender a pequñeces políticas. Contactos de este tipo son realmente informativos para mí, muy clarificadores. Gracias a que tengo muchos amigos y algunos muy importantes, puedo realizar tales contactos. Pero, te insisto, nada de vida social. La persona que hace vida social está condenada a la esterilidad en el trabajo.

FRANCO, EN FASCICULOS

—A nivel «popular» empezaste a ser muy conocido por los fascículos biográficos de Franco. ¿Por qué acometiste esta obra?

—Por una razón que juzgué muy importante, similar a la que me impulsó a estudiar la guerra civil. Yo había visto que entre 1969 y 1972 se publicaban cinco biografías de Franco en Inglaterra, de las cuales una era muy hostil, dos eran neutra-



les y otra y media, más o menos favorables o comprensivas. Pensé entonces que si en un país como Inglaterra existía interés suficiente hacia la persona de Franco para publicar, todavía vivo él, cinco biografías, en España podría ocurrir lo mismo. Hice un pequeño estudio sobre este punto y al darme cuenta de que el interés era enorme publiqué la biografía en fascículos. Realmente la historia íntima de esta obra es muy distinta... Hubo una persona que quiso encauzar aquello de manera muy oportunista. Cierta alta personalidad quería que yo hiciera una biografía para apoyar aquella manifestación engañosa que acabó en determinado indulto. Yo me di cuenta y no acepté. No hice lo que querían y además publique mi biografía un año después: Intenté realizar un trabajo serio y creo que lo logré. Por lo menos una obra de la que se vendieron doscientos cincuenta mil ejemplares, no es una tontería. ¿No te parece?

—Mirándola hoy, ¿la encuentras excesivamente panegirista?

—¡No! ¡De ninguna manera! Tanto es así que este año voy a sacarla otra vez, pero despojada de su llamémosle, aparato espectacular, de los colorines y las fotos, que son necesarios en los fascículos. Se va a tratar de una edición crítica. Esto no significa que vaya a decir que Franco se equivocó. No. Va a ser el mismo texto, con la incorporación del punto de vista de estos años, corrección de errores, etc.; el mismo texto, sólo que montado en forma de libro. Recientemente publiqué en «El País» (que no creo que sea ningún órgano franquista), un trabajo titulado «A Franco lo que es de Franco», que levantó grandes ronchas. Y es que la última vez que hablé con él salieron a relucir muchas cosas; yo le expre-

sé muy respetuosamente mi disconformidad por el cese de Pío Cabanillas y él me escuchó con mucha paciencia. Y al final comentamos que cuando él desapareciera volvería el aluvión del revanchismo. Entonces le dije, a propósito de mi biografía: «No se preocupe usted, porque aquí hay dos tomos muy gordos, y ese aluvión deberá primero, pasar por encima de ellos.»

Y no he recibido grandes premios por aquel servicio que creo presté a Franco. No me han dado una sola condecoración. Recibí un fulminante cese. No se me puede, creo yo, clasificar como panegirista de Franco... Lo que hay en la obra de que hablamos no es pane-

«Si los cuatro ministros militares acertaran a interpretar el espíritu de su propio estamento prestarían un gran servicio a España.»

górico; hay un cúmulo de datos que son los que me han permitido decirles ahora al señor Satrustegui, al señor Serrano Súñer, al señor Cela y al señor Giménez de Parga, que un poco de paciencia y otro poco de tranquilidad, porque para destruir lo que ellos llaman «el mito de Franco», primero hay que saberse muy bien la historia de Franco. Y eso no es tan fácil.

LAS NOVIAS DE FRANCO

—Me gustaría que me aclararas algo de lo que he oído por ahí: ade-

más de doña Carmen Polo, ¿tuvo Franco una novia que vive todavía?

—Sí. No una, sino dos. Las dos viven aún. Dos señoras estupendas, dos verdaderos personajes. Una de ellas le guarda un amor eterno. No se casó. Y era guapísima. La otra le olvidó en seguida porque se casó con un multimillonario. Hay una anécdota respecto a ella. Una carretera no lejana a Madrid está bordeada de olivos que le pertenecían. Y al pasar por allí, comentaba aquella novia de Franco con unos amigos: «Ya veis; se casó con aquella chica de Oviedo y se perdió todo esto.» (Ríe otra vez.)

—Esa primera novia, ¿no está en alguna clínica prestando servicios como enfermera, o en algún centro hospitalario?

—Lo contaré algún día en un artículo o un próximo libro.

—Bueno, si no me puedes contar eso, volvamos a los fascículos. ¿De alguna manera te llevaron a la Dirección General de Cultura Popular?

—¡No, por Dios! Lo que me llevó fue mi propia carrera dentro del Ministerio de Información. Había sido jefe de sección, subdirector general... Accedí al puesto por la misma mecánica de la carrera. Yo perdía doscientas cincuenta mil pesetas mensuales cuando era director general... Entonces, el día en que cesé, hubo una fiesta en casa, porque estábamos fatal económicamente. (Vuelve a reír.)

TIEMPO PRESENTE

—¿Qué diferencia hay entre el Ricardo de la Cierva director general, y el Ricardo de la Cierva de hoy?

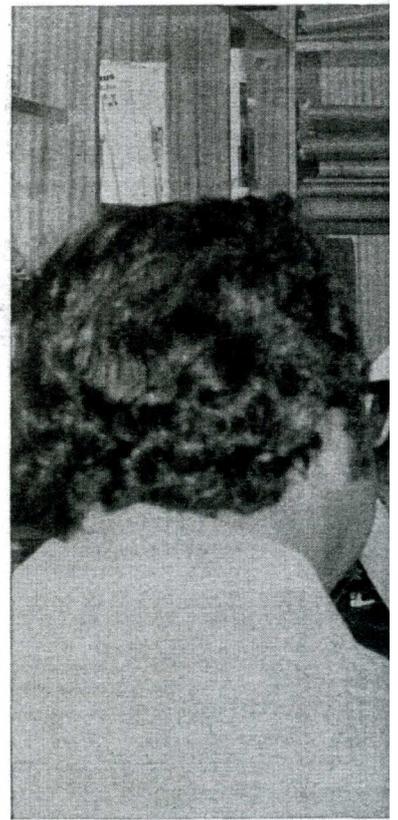
—Creo que ninguna. Hace unos días me dieron un homenaje, precisamente en recuerdo de mi época en aquella dirección general. Y te doy mi palabra de que la iniciativa me dejó asombradísimo.

—¿Y qué hay de esa cierta leyenda de que te llevaste para tus trabajos personales montones de fichas del Centro de Documentación que habías creado, después de tu cese?

—No me llevé montones de fichas. Lo que me llevé fue todo el Centro de Documentación (se ríe de más buena gana que en las ocasiones anteriores), porque sigo siendo director de ese Centro, que está al servicio del Ministerio de Información y al de todos los españoles que quieran consultarlo.

—Hoy, en el verano del 76, ¿qué crítica negativa podrías hacer de Franco?

—La de que no supo retirarse a tiempo. Además, como esto se lo



dijimos algunos antes de su muerte, tenemos derecho a repetirlo.

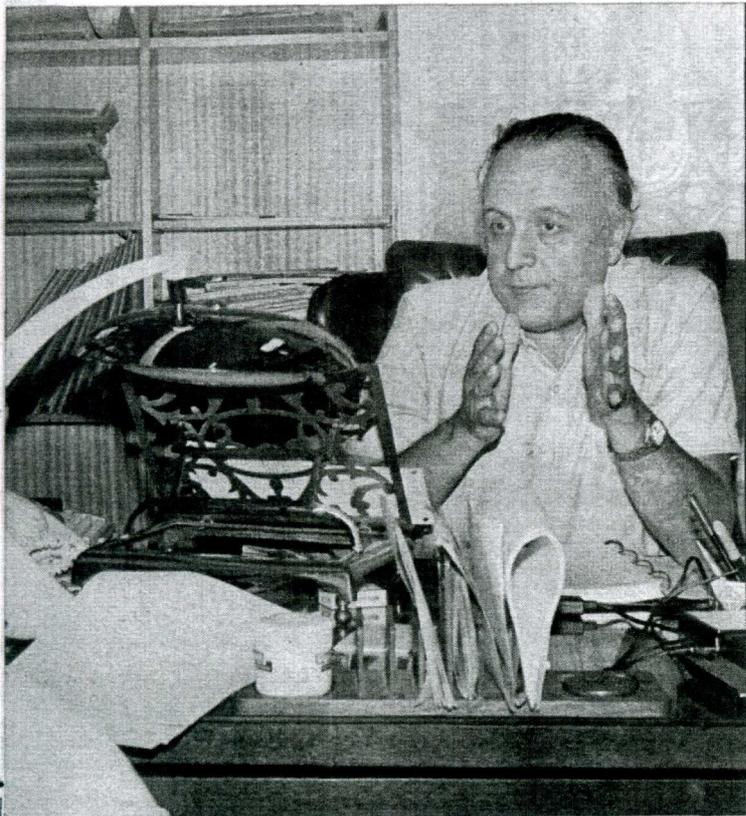
—¿Qué me puedes contar de las «Memorias de Franco» que no se haya dicho?

—Lo único que se puede contar de ellas (y no es nuevo) es que se trata de una realidad. Existen sus notas, existen los cuadernos de su confidente, el señor Franco Salgado, y serán una enorme bomba cuando se publiquen. Porque se van a publicar.

—Eres doctor en algo tan racionalizado como las ciencias químicas; además, periodista e historiador. Desde una síntesis de esa triple óptica, ¿qué prognosis se puede hacer para el futuro inmediato de España?

—La síntesis la estoy realizando en mis artículos semanales. Ya ves que es muy difícil. Si acierto algo es por mi desinterés en el tema... Es muy complicado porque, dígame lo que se diga, la salida de una dictadura a una democracia es posible. Ha sucedido ya varias veces en la Historia. No sé por qué dicen que no puede ser. Hay montones de casos. Mi segunda «Crónica de la transición» trató precisamente de eso. Fíjate en lo que pasó en Japón en el 45, con una dictadura «divina»: el emperador declaró que no era Dios y convirtió a su país en una democracia. Es lo mis-





mo que le he dicho a Fraga que haga... (Risas). En la propia Alemania de Weimar, y en la propia España (para no irnos a la Inglaterra conwelliana, que es un caso bastante parecido al nuestro de ahora) también se realizó. El paso de Cronwell a Guillermo y María es un paso sin traumas; el trauma había surgido antes, con la guerra civil... En España tenemos la transición de María Cristina, la primera, la de Fernando VII... Fue un paso a la predemocracia, sin traumas excesivos. Y así hubo más casos. Eso de que no se pueda pasar de la dictadura a la democracia es una estupidez. De suspenso en Historia, vamos.

—¿Qué error se está cometiendo ahora?

—Yo he llamado «inmenso error» a la designación del Gobierno actual. Por una razón: creo que ha nacido de determinadas fuerzas que lo condicionan de tal manera que no creo pueda moverse más allá de los límites de las fuerzas que le han dado origen. Si consigue apoyarse en la opinión popular y en la Corona, y ensanchar esas fuerzas, muy bien. Pero es que resultará muy difícil romper los muros que le han impuesto esas fuerzas. Me parece que no logrará objetivos, aunque avanzará hacia tales objetivos.

LA REPUBLICA Y LAS FUERZAS ARMADAS

—Aunque las condiciones socio-económicas sean tan distintas a las que propiciaron el advenimiento de la II República, ¿podría llegar otra República?

—Claro. Este es un país capaz de dar dos veces en la misma piedra. ¿Por qué no va a dar por tercera? Claro que hay posibilidades... Sin embargo el tema República sigue marginado. Hemos tenido un retro-

«El actual Gobierno es un inmenso error. Las fuerzas que le hicieron nacer lo condicionan en demasía.»

ceso. Con motivo de la última crisis hubo bastante gente que temió (más que pensó) en una posible aceleración del tema República. Lo que pasa es que esta cuestión se halla desdramatizada por la propia cuestión de la Monarquía. El problema no es monarquía o república, sino democracia o totalitarismo. Creo que la monarquía tiene bastantes posibilidades de acertar.

—¿Y las Fuerzas Armadas?

—Bueno. Sus portavoces dicen

que son totalmente neutrales y que no juegan ningún papel; y yo he dicho que no entiendo nada porque tienen cuatro ministros en el Gobierno, que además asumen una posición muy definida. Lo que falta por saber es si sólo son cuatro ministros representantes de un sector de las Fuerzas Armadas o las mismas Fuerzas Armadas. Creo sinceramente que en conjunto el Ejército es apolítico y progresista y que si los cuatro ministros acertaran a interpretar el espíritu de su propio entorno militar harían un gran servicio a España.

UNAS PREDICCIONES

—Muchas de las «predicciones» que has hecho en tus crónicas resultaron acertadas. Con una perspectiva «delaciervana» predícame el «futuro» de algunas de las figuras que han desfilado o van a desfilarse por esta sección: Ignacio Camuñas.

—Si contase con tanta base popular como inteligencia gozaría de un gran futuro, pero me temo que no tiene esa base popular.

—Emilio Romero.

—Se comprometió mucho consigo mismo y está encontrando dificultades ahora. Sucede que Romero es un profesional de cuerpo entero. A mí me daría mucha pena que no tuviera futuro, a pesar de mis discrepancias con él, porque, repito, es un gran profesional.

—Marcelino Camacho.

—Tiene un gran presente. Es un hombre en el que se puede creer. Me alegra mucho que al final sea secretario general de Comisiones Obreras; pero temo que lo desborde por la izquierda y por los mimetismos intelectuales que puedan infiltrarse en Comisiones.

—Antonio García-Trevijano.

—Hubiera tenido un gran futuro en la Florencia del Renacimiento. Creo que se ha equivocado de siglo.

—Gonzalo Fernández de la Mora.

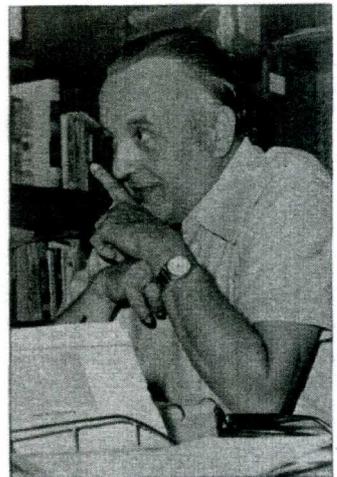
—No. Gonzalo no tiene ningún futuro. Es una tragedia ver cómo se ha cerrado el camino un hombre tan inteligente y preparado. El que esté ahora disputando el liderazgo de un partido al señor Piñar, es para mí el crepúsculo, no de las ideologías, que ya lo dijo él, sino el de sus posibilidades políticas. Fernández de la Mora está en vía muerta.

—Don Juan Carlos de Borbón.

—Yo me atrevería a decir que el futuro de España.

—Para terminar. ¿Qué puedes contar del célebre «almuerzo» en SNIACE, de la calle del Prado, que no contases en tu crónica?

—Muchas cosas. Además, me he enterado estos días de otros almuerzos. Ahora que, mientras la política española se cueza en los almuerzos, estamos perdidos. Hay que acabar con tal práctica política, que no sirve para nada. Con los almuerzos no, hombre: que coma cada uno lo que quiera. Otras risas. El almuerzo de Prado fue importantísimo, y todavía sé más cosas. Ninguno de los que cité ha desmentido que estuviera allí; lo que pasa es que varios comensales me están llamando ya porque creen que yo sé lo que pasó, y creen bien. Ahora tratan de que quiera. (Otras risas). El almuerzo a través mío lo que ellos quieren. El almuerzo fue decisivo para la cri-



sis; creo que fue un almuerzo con trampa, creo que alguien cayó en la trampa y que también fue en cierto modo un almuerzo florentino. Hay mucha gente que va a Florencia y no a ver cuadros precisamente; y eso es malísimo. Fue importante porque en este almuerzo se tejió la gran trama de la crisis. Bueno; cuando acabe de recoger datos y darles mi interpretación (y además, respecto a los datos los tengo todos) haré un gran reportaje. Aparte de que ha habido aún otro almuerzo más importante del cual no puedo hablar porque me faltan dos comensales. Soy consciente de que juego con un material muy explosivo y hay que racionalizar las cosas y contarlas después, no al servicio de partido político alguno, porque esto es fundamental. Hay que dominarse y contárselo al público con mucha, pero que con muchísima exactitud. Y muy claramente.

LUNA

Fotos: Carlos de LUNA